

## UTOPIÁS Y REALIDADES

**Diego Gracia**

**Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud**

El término “utopía” significa en griego “no lugar”, y por extensión lo que está más allá de las posibilidades humanas. Los filósofos han reflexionado insistentemente sobre el carácter utopizador o utopizante del ser humano. Este, en efecto, necesita estar continuamente imaginando mundos ideales en los que desaparezcan las estrecheces y contingencias de la vida cotidiana. Ortega y Gasset decía que el ser humano es constitutivamente “futurizo”, está siempre lanzado, aunque más no sea que con la imaginación, hacia lo que todavía no es pero puede y quizá debe ser. Gracias a esta condición somos seres morales. Quienes viven en el presente, como parece que les sucede a los animales, no tienen por qué plantearse cuestiones sobre lo que debe o no debe hacerse, ni por tanto son sujetos adecuados de la ética.

Las utopías son de mucho tipo. Las hay meramente literarias, como es el caso de muchas novelas. Otras son religiosas. Y en la modernidad han abundado las utopías políticas, prometiendo diversos “paraísos” en la tierra.

Hay también utopías médicas, aquellas que imaginan e incluso prometen un mundo sin dolor ni enfermedad e incluso, en la lejanía, sin muerte. No es solo el sueño de algún que otro ingenuo. No es algo puramente anecdótico, ni tiene carácter circunstancial, sino que sube de grado y constituye una categoría inherente a nuestra propia condición de seres humanos. Valgan dos ejemplos.

El primero es obra de uno de los mayores filósofos de la tradición occidental, René Descartes. Cualquier escolar lo conoce como el autor, entre otros libros, del Discurso del método, un hito en la historia de la filosofía occidental. En él, casi al final, escribe a propósito de la Medicina: “tengo por cierto que no hay nadie, ni aun los que han hecho de ella su profesión, que no confiese que cuanto se sabe en esa ciencia, no es casi nada comparado con lo que queda por averiguar y que podríamos librarnos de una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu, y hasta quizá de la debilidad que la vejez nos trae, si tuviéramos bastante conocimiento de sus causas y de todos los remedios, de que la naturaleza nos ha provisto”.

Esto escribía Descartes casi mediado el siglo XVII. Veía ya posible que la ciencia fuera liberando al ser humano de una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu, y hasta “de la debilidad de la vejez”. Él oteaba un mundo en el que el dolor físico, la enfermedad y la muerte parecían ya próximas a esfumarse y abandonar definitivamente el escenario de la vida humana.

Descartes escribía eso en 1637. Tres siglos después, en 1946, se firmaba en Nueva York la carta fundacional de la Organización Mundial de la Salud, en la que se definió la salud en los términos que desde entonces son canónicos en nuestra cultura, como “un estado de perfecto bienestar físico, mental y social, y no solo la ausencia de enfermedad”. A esta definición le acompañó el eslogan, repetido insistentemente durante décadas y que hoy duerme en el olvido, de “salud para todos en el año 2000”. ¿Quién recuerda ya eso? ¿Cómo pudimos creérselo en algún momento?

El ser humano es esencialmente proléptico; necesita ir con la mente y la imaginación por delante de sus obras. Es lo propio y específico de la condición humana. Que por ello mismo se encuentra siempre amenazada por el peligro de confundir el proyecto con la realidad. He aquí nuestra paradoja. No podemos vivir sin proyectos. Pero tampoco nos está permitido confundirlos con la realidad. Les separa la distancia que media entre la utopía y el delirio. Es la paradoja inherente a este ser que Nietzsche definió como *der Phantastischen Thier*, “el animal fantástico”.